

POEMAS¹

Micaela Paredes²

EL POEMA DE AMOR

Para H.

El poema de amor que no te he escrito
está lleno de palomas ciegas
que mendigan el pan y juntan polvo
en la negrura torpe de sus alas.

El poema de amor que no profeso
ya está escrito en la carne de los días
porque lo que no fue seguirá siendo
como tu sol hundiéndose en mi sangre;
como yo misma, que callo y no existo,
que inundo con mi espuma tus horas sin nombre
y espero volver a amanecer
más allá de estas murallas donde escondo
el poema de amor que no te escribo.

ELEGÍA NO NACIDA

No sabrás del dolor de haber nacido pájaro
de vuelo y canto huérfano. No tendrás que coser
y descoser los frutos amargos de tu lengua,
padre y madre, hambre y asco, a la carne del tiempo.

¹ Textos inéditos.

² Micaela Paredes Barraza (Santiago, 1993). Ha publicado los libros de poesía *Nocturnal* (2017), *Ceremonias de Interior* (2019) y *Adiós a Ítaca* (2020). Escribe esporádicamente reseñas y ensayos para revistas literarias y traduce textos del inglés y del portugués. Guía talleres de poesía y psicoplástica en diferentes plataformas.

No sabrás del deseo que carcome a lo vivo,
del placer de la sombra, de la urgencia del barro
y no habrás padecido el error de tu oscura
crisálida y durmiendo te hallaré en mi latido.

Porque no hay más justicia que secarse hasta el nombre
no merezco el azul de tu estirpe ni el sueño
prematureo del día que serás para siempre
como triste deseo de un quizás en mi sangre.

Perdóname esta piel despeñada en lo bruto
que defiende a los golpes el derecho a su herida.
Perdóname estas manos empapadas de noche
que no acunan más sueño que su propia renuncia.
Perdóname la mengua de esta luna eclipsada
que es mi cuerpo y no sabe de otro sol que el destierro.
Y mendiga el amor de un cielo hecho de escombros
y comparte su hambre con los dioses del frío.

NOTAS PARA HACER MEMORIA

Huelo las últimas miradas que un ermitaño arrojó sobre la estepa de su propio cuerpo deshabitado y mi cabeza se llena de telarañas sin tejedora.

La compasión que los desencarnados nos profesan se presenta de formas diversas: un haz de luz sobre la piel dormida de alguien que sueña el polvo cuando respiro de este lado.

Si vivo para contar los pétalos del último sueño, que me acompañe la sombra cálida de mi madre, mientras canta con voz de espejo.

Todo es claro y apacible a la luz de los objetos que pueblan un recuerdo todavía no sido. Sus contornos apaciguan el goteo del agua, cuando ya no hay nadie afuera capaz de pronunciar la noche.

Cerré los ojos y ya no sé cómo abrirlos; esta luz que derramo con los dedos para volver a conocer las cosas es mi certificado de residencia. Alguna vez supe dormir sin párpados.

Carezco aún de palabras que permitan hablar de la vida sutil que me habita y frustra mis urgencias.

La semilla tiene infinitos puntos de acceso. Su proceso de apertura y transfiguración es comparable a la palabra «ojo». El fruto es el árbol y siempre puede volver a la semilla.

Más allá de lo que el tiempo parece agotar, no hay necesidad de conocer las cualidades que hacen un espacio respirable, porque todo es dentro otra vez, y el aire no más que un resabio inútil en la memoria.

Que llegada la hora de sentarse al borde de lo pronunciado, el único juez divino sea la indiferencia.

LAS RAZONES DE PROSERPINA

Hastada de la eterna primavera
y el canto sin historia de las ninfas
—cuya belleza prístina no sabe
de placeres catados a la sombra—
a orillas del Pergusa, ese buen día
con Venus y Cupido llegamos a un acuerdo.
Se cuenta en las versiones oficiales
que al ver a mi raptor puse un grito en el cielo
y entre las hierbas extravié mis lirios,
cuando lo cierto es que dejé caer
las sedas de mi enagua
cual cebo para el dios del Inframundo.

Y es que una siempre tiene sus razones.

Difícil el destino de ser hija
de la madre más madre de las madres.
La misma calidez que en el regazo
engendra la luz de los sentidos
luego se niega a liberar el fruto
para goce del mundo.

Después de saborear los siete granos
que las manos curtidas de Plutón
regaron en mis labios para calmar el hambre,
supe que mi lugar estuvo siempre
entre los desdeñados deleites del subsuelo.

ATALANTA SE SIENTA A MEDITAR

Para hacer del escapismo oficio, de pies blindados contra la seducción de la tierra fértil me engendraron; creadora de desiertos en nombre de una herida disfrazada de fatalidad.
Imaginé rebeliones solitarias hasta confundir la pasión voluntariosa de la sangre con el flujo de las aguas mayores.
El afán de libertad mal comprendida —posta que heredé de un par de ovejas descarriadas y que el oráculo del árbol familiar al fin me ofrece la

posibilidad de redimir— no aguantó más que unas cuantas carreras
 vencidas a costa de humillaciones propias.
 Tras casi treinta años arrancando de una sombra, hoy me postro sedienta a
 ingerir estos frutos provisorios, que en su amargor me revelan el veneno
 de la raíz, único antídoto.
 Oficia de una vez la ceremonia, Venus, y enséñame a perder.

TESTIMONIO DE ECO, ACUSADA DE PLAGIO

Me crearon la fama de habladora obstinada
 y atribuyen mi mal a un castigo de Juno,
 pero el único error que puede reprochárseme
 es haber aprendido del silencio
 que increpado por necios y narcisos
 siempre ofrece la otra mejilla por respuesta.

Desprovista de voz, muda a oídos humanos,
 decidí bautizarme a la sombra del verbo
 escuchado en el mundo a oradores ilustres.
 No es tarea sencilla
 imitar la cadencia de un alma atormentada
 y no errar en ningún acento.
 Camuflada entre sílabas de raíces remotas
 me fundí en el destello que le ofrecen las aguas
 al que sufre de exceso de talento
 y no hace otra cosa que escribirse
 profusas elegías a sí mismo.

Quise ser el poema irrealizable
 donde buscan reflejo los poetas hastiados.
 Más de uno cayó por mi voz seducido
 y creyó enamorarse cuando solo
 encendí con palabras su amor propio.
 No hice más que valerme de acordes
 que los vates también toman prestados
 a la música madre: anterior a la noche,
 sin derechos de autor.